

Allí, en fuerza de prodigarse el heroísmo, los niños familiarizados con el fuego, la sangre, la noche y la muerte, se agigantaron tranquilamente. Sus tiernas pupilas hechas para las lágrimas que secan los besos maternales, fulminaban extrañas maldiciones y tuvieron rayos de ira, cuando sentían venir las avalanchas de devastación, incendio y miseria del campo enemigo hacia el cual solían ir, dispuestos á sellar la tierra natal con sus gentiles cuerpecitos!... Allí los niños hicieron épicos...

El caudillo insurgente alentó la formación de una compañía llamada de Niños Emulantes... la que iba á todas las batidas ó sorpresas, los combates de demoliciones, á los reductos donde se resistía, y á las torres ó alturas, para que vieran estos niños cómo observaban los movimientos de las tropas sitiadoras en sus lejanas posiciones, enseñándoseles también á tirar con buena puntería, cazando presas realistas.



XVI

EL FIN DEL SITIO DE CUAUTLA

Días de espantosa desolación, de hambre, miseria y peste iban desfilando angustiosamente sobre la erguida Cuautla, sin que se lograra abatir su fiera guarnición, dispuesta á la muerte.

Morelos creía segura la victoria, si él podía resistir hasta el principio de la estación de lluvias, durante la cual los sitiadores se verían obligados á levantar el campo, pues no soportarían las enfermedades que se desarrollarían, ni podrían operar ya ningún movimiento sobre la plaza.

Así es que lo que le urgía era hacerse de provisiones que sostuvieran á sus debilitadas aunque siempre entusiastas tropas, cuya entereza sabía sostener á la misma altura que la suya.

No desmayaba jamás el caudillo de Cuautla, soñando en la victoria aun en el colmo de la desesperación del hambre... Hizo salir á Matamoros con otros jefes para que fuesen en demanda de viveres... Las líneas sitiadoras enemigas fueron arrolladas tras sangrienta refriega, desapareciendo los insurgentes por entre las que-

bras de las montañas, prometiendo auxiliar la plaza lo más pronto posible.

Y bajo el fuego de las baterías, el hambre horrible reinó en Cuautla... y hubieron de comerse con avidez los más inmundos animales, los cueros de las tiendas y las suelas del calzado!

Henchidos de enfermos y heridos estaban todos los lugares de abrigo, todo lo que no pudiera servir para cuartel ó fortín.

La única esperanza que alentaba á Morelos era la llegada de Matamoros, Bravo y otros jefes con un vasto convoy conducido por tropas valientes y disciplinadas dispuestas á morir por salvar del hambre á la heroica Cuautla.

Matamoros recorre en efecto con una audacia marabilla todas las poblaciones y haciendas cercanas levantando gente costeña á la que anima con entusiasmo, unido á Bravo, y cuando reúne las provisiones requeridas se comunica con Morelos combinando su entrada para la mañana del 27 de Marzo, situándose él en la Barranca de Tlayaac, desde donde se dirigirían por el rumbo del fortín de la toma del Agua, rompiendo las líneas sitiadoras del Agua Hedionda.

El vigilante Calleja, entre cuyos méritos militares sobresalía su gran alcance de vista y de observación, al tanto siempre de los menores movimientos del enemigo, supo el atrevido intento de Matamoros, lo dejó acercar sin molestarlo hasta cerca de Amexingo, á retaguardia de las líneas de Llanó, al Oriente de Cuautla, colocando una batería bien oculta y disponiendo que el grueso de las fuerzas de aquél estuvieran emboscadas.

Al amanecer asoman las avanzadas de Matamoros que se baten al punto; éste no retrocede y avanza con

sus dos mil hombres, embistiendo al frente lo que creyó simples secciones de vigilancia; pero, comprometido, tiene que soportar los fuegos de flanco de la batería realista y las descargas cerradas de los tiradores de Lovera; se verifica una lucha desesperada y terrible, soportando el fuego mortífero toda la división de Matamoros en espera de que Morelos acuda á distraer al enemigo y poder abrir paso al deseado convoy... No pudo sin embargo sostenerse por mucho tiempo, y, viéndose amenazado en su retirada, antes que perder todo, tuvo que emprenderla precisamente cuando el jefe insurgente acometía al batallón Lovera fogueando su retaguardia... Tan impetuosa fué la embestida de los de la plaza, anhelando abrir camino al convoy, que el combate se generalizó y sólo pudieron volver á sus puestos los de Lovera á fuerza de bayoneta calada, tras de la más sangrienta de las luchas...!

De nuevo desaparecía la esperanza de auxilio de la heroica villa... y esta vez era para siempre... ¡Se había realizado el último desastre!

Que no sorprendan estos fracasos de refuerzos en una población sitiada como Cuautla, en las circunstancias de la revolución por la Independencia...

¿Qué tropas constituidas, hechas al fuego, bien armadas y disciplinadas podrían efectuar una operación tan arriesgada en campaña, cual es la de socorrer una plaza sitiada?... Bien se conciben todos los innumerosos elementos con que cuenta el sitiador, sobre todo la vigilancia, amplitud y elasticidad de sus operaciones, la moral de sus tropas, para que se comprenda lo atrevido que es el hecho de forzar sus líneas para introducir un convoy... Sólo fuerzas veteranas é impávidas pueden servir para tal aventura... ¿Qué extraño que las bandas

de valientes costeros, reunidas por Matamoros y Bravo no pudiesen abrirse paso, incapaces de orden y tacto en el ataque, ó de sangre fría y serenidad en la retirada, sin aplanamiento tras ésta, ni obediencia ó disciplina en los momentáneos éxitos?...

Bien probado estaba que era inútil el arrojo, el impulso del valor y toda la legendaria bravura suriana. ¡Nada se lograría sin el espíritu de cohesión, armonía y unidad del elemento militar, sabio y firme, que era lo que desbarataba los pelotones improvisados!

Calleja más y más desesperado cada día, quedaba estupefacto al notar que tras de cada revés, su enemigo se erguía con mayor audacia desafiando á sus tropas con su inconcebible resistencia en aquella población que parecía vivir de puro milagro.

Diariamente enviaba cartas al virrey ponderando en todos los tonos las durezas del sitio, lo rudo y encarnizado de los combates y la inagotable energía de los habitantes que festejaban alegremente todos los sucesos, no obstante la peste, el hambre y la sed!

Jamás se hubiera imaginado tal bravura, semejante entereza y un heroísmo tan sin límites, como el de aquella guarnición, fanática por su jefe y por la gloria de la causa que defendía!

Al fin, fatigado el mismo terrible Calleja ofreció á Morelos, Galeana y Don Leonardo Bravo un ejemplo del bando de perdón que á los insurgentes habían ofrecido las Cortes de España.

Morelos contestó en el dorso del pliego:

Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos!

¡Frase espartana, síntesis de toda la sencilla grandeza de una alma firme!

El cerco realista siguió apretando la ciudad y ca-

día y noche se multiplicaron los asaltos á los puestos avanzados... encarnizándose de un modo espantosísimo al obstinada disputa de un palmo de terreno.

Los insurgentes de Morelos mientras más abatidos, exangües y debilitados, más furia nerviosa ostentaban... bullaban de rabia; precipitábanse á lo más recio de las refriegas en las expediciones sobre los reductos, especialmente contra el del Calvario, siguiendo á los soldados de caballería en sus reconocimientos y aun á las mismas columnas mixtas de empuje, cuando se proyectaban los albazos... sorpresas impetuosas, cargas atroces aunque se hacían poner sobre las armas á todas las fuerzas enemigas...

Iban en tanto transecurriendo los días y bien pronto entraría la estación de lluvias que sería mortal para las tropas sitiadoras, compuestas de gente de tierra templada, que no podrían resistir semejante situación en *Tierra Caliente*, quedando aniquilada toda la expedición por las enfermedades y pestes de las aguas... Calleja, cada vez más sombrío, llegó á juzgar imposible tomar Cuautla, y con toda la rabia de su orgulloso espíritu militar, más de una ocasión meditó el plan de retirada para levantar el sitio de la rebeldé Cuautla, donde tantos amigos valientes y firmes colegas habían perecido...

¡Aun el indulto llegó á ofrecer al jefe insurgente, rechazándose Calleja en su gran orgullo, y sin embargo, como por respuesta olímpica frase que debió rebotar en su alma como un ingente ariete de bronce!

¡Morelos no capitularía nunca, ni habría de entregarse!... ¡Cuautla entonces tendría que caer anonadada por el hambre, hecha pedazos por el fuego de los realistas...!

El 1° de Mayo, cuando ya el hambre y la miseria, la peste, la desolación, la podredumbre y la rabia se enseñoreaban de aquellos montones de escombros que sostenían piezas de artillería y espectros; después de setenta y dos días de sitio, sin un refuerzo, sin ningún auxilio; cuando ya no hubo cueros que comer, y se acataron después de los gatos y perros, las ratas, los ratones, las lagartijas y las iguanas; cuando las yerbas y raíces enfermaban, y se mascaban la madera verde de los árboles... henchidos de heridos y enfermos las casetas, las plazas, los salones y los conventos, las torres y las escaleras... cuando ya no hubo tiempo para enterrar los cadáveres ni aun en masa, ni en grandes montones como en los últimos días; cuando la única distracción y alegría consistía en ver desde cerca los combates contra los realistas, llevando las flores — que podían ser comidas — á sus ensangrentados cuerpos; cuando ya era un cementerio defendido por sombras aquel siniestro caserío de Cuautla; cuando tamaños panoramas rojos tuvo ante sí Morelos, optó por salir con sus valientes de la heroica plaza, dejándola desierta.

¡No les entregaría una población; les abandonaría un cementerio épico, donde los mismos realistas plantarían enormes antorchas... las antorchas del incendio de la villa que habría de ser arrasada vilmente con la rebelde y bella Zitácuaro!

El general insurgente convino, en junta de guerra, abandonar cautelosamente la villa saliendo con todas las fuerzas de la guarnición entre el fortín enemigo de Calvario y el camino del pueblo de Amelcingo hacia el nordeste, burlando su vigilancia para dejarlo plantado y sin ventaja alguna ante un montón de ruinas que significarían el eclipse de la estrella militar de Calleja.

Reinense las tropas insurgentes en la plaza de San Diego bajo la vigilancia de Morelos y sus jefes... Los ordenes se han ejecutado con asombrosa precisión y con el mayor aplomo y silencio... ¡los que han sido bravos bajo el fuego y la metralla, van tranquilos á desfilar á la luz de la luna, desafiando la vigilancia de los batallones enemigos; con cautela y serpenteando por entre las sinuosidades y asperezas de los caminos, entre cercas y antiguos baluartes, parapetos, espaldones y reductos que aun exhalan olor de pólvora y sangre!

Á las dos de la mañana se puso en marcha la compacta y negra columna... Y he aquí que van desfilando lentamente, — precedidas por los exploradores inteligentes de los montes surianos, muchachos de astucia admirable que casi se arrastran y suelen ver y escuchar desde leguas — las bravas tropas de la guarnición de Cuautla bajo la severa y tranquila inspección de Morelos que lo ha dispuesto todo con matemática precisión...

Una de sus más grandes victorias fué sin duda la de poder reprimir su tristeza, teniendo que abandonar aquella población tremendamente heroica, donde siempre el triunfo le fué propicio, halagado por el heroísmo de los valientes hijos de las montañas ó de las bravas costas del Grande Océano!...

Galeana, el siempre intrépido caudillo que se reía del peligro y juraba no conocer lo que pudiera significar el miedo, mandaba la mitad de la infantería, lo mejor naturalmente y más bien armado, puesto que debían abrirse paso á fuego, lanza y bayoneta, empujando las líneas enemigas con todo brío y sin el menor temblor ó vacilamiento... Seguían los mejores jinetes y cueros que debían contener el impulso de los infantes;

continuando á todo galope para abrir ancho espacio á multitud de vecinos ó peones mal armados... tras él iba el famoso « Niño » y otras dos piezas de artillería. Desfilaban luego los dragones escoltando á los heridos, enfermos, mujeres, niños y ancianos que marchaban en mulas, carros pequeños, asnos y caballos. Cerrando toda esta gruesa impedimenta que toleró la humanidad de Morelos, el resto de la infantería, — fuerte y á retaguardia, — bien armada y dispuesta al combate. La flor y nata de la caballería insurgente, los más bravos, robustos y audaces jinetes de las escoltas de Galeana y Morelos completaban el cierre último del ejército... Los jefes principales con los hombres de su confianza iban intercalados, prontos á ponerse al frente ó á los flancos de la columna en marcha... siguió el cauce del río; mas al llegar ante un zapicho después de dejar á su izquierda, á lo lejos, el redil del enemigo del Calvario; cuando plantaban las vigas para improvisar un puente, fueron detenidos por el grito: ¡Quién vive! de un centinela realista... No obstante que éste fué muerto al punto de un pistoletazo, á principios de ese momento se extendió la alarma en el campamento realista que envió súbitamente á toda brida sus escuadrones para cortar la retirada á Morelos... ¡y en vano hizo milagros el campeón insurgente; en vano se agrupó con los más bravos y astutos jefes para resistir y dejar el camino abierto á su exangüe ejército!

Fué acorralado, estrechado y abatido entre las cercas de los caminos, por las veredas ó barrancos por las vías que iban á serpentear entre los cerros. Á la luz de la luna menguante, hubo espantosas matanzas. Los realistas, dueños al fin de la victoria contra el rebelde Cuautla, ejercían atroces venganzas, sobre

abatido los indefensos habitantes que marchaban entre las columnas...

Morelos estuvo á punto de perder la vida mil veces en aquella desastrosa retirada, en la que sin embargo pudo salvar buena parte de su guarnición... Obligado á entrar en las filas de sus valientes, rodeado por la cobardía y el heroísmo, burló al fin la persecución de las tropas de Calleja, las que en su rabia incendiaron la heroica Cuautla, no sin entrar á saco hasta en sus mismos templos.

Don Leonardo Bravo que fué uno de los que lucharon con más brío durante la terrible salida, defendiéndose con desesperación, acosado por la caballería realista que al fin lo capturó, fué llevado prisionero siendo tratado de una manera brutal é inicua; cual si fuese un esclavo!

Como siempre el cruel Calleja olvidó en su fácil orgullo sobre aquella Cuautla donde hubo de estrellarse su talento militar y su arrojo, olvidó la legendaria valentía y gallardía española, tratando como á un canalla cualquiera al noble prisionero enemigo que merecía honras y respeto por sus cañas, su valor y la pureza de su corazón!...

Qué lección habría de recibir el rencoroso jefe realista, de la nobleza insurgente, cuando el hijo de aquel hombre que iba á ser agarrotado en México, perdonara á los trescientos prisioneros que haría, en venganza por el vil trato que los españoles dieron á su padre!

Cuautla fué el más grande pedestal de gloria para Morelos, haciendo llevar su nombre, como una esperanza de futuras victorias, á todos los insurgentes que se multiplicaban en el Norte y Centro de la Colonia.

Si no se hubiese retrasado la estación de lluvia Calleja habría tenido que levantar el sitio, haciendo cambiar el giro de las futuras campañas.

Por otra parte Ignacio Rayón, que operaba cerca de Toluca, no intentó nada para ayudar á Morelos ó para llamar seriamente la atención del Gobierno Virreinal en rumbo opuesto, para que debilitase el ejército sitiador... El caudillo, abandonado á sus propias fuerzas no encontrando colaboración en aquel militar tan prudente y acertado, tuvo que sucumbir á la fatalidad de las enormes fuerzas que le abrumaron con el hambre y la miseria... Y aun así no se rinde al enemigo sino que lo burla, escapando de su formidable cerco para ir á llevar con su alma inspirada y alta, nuevos triunfos á la causa de la Libertad y la Independencia de la Nación Mexicana!



XVII

EL SITIO DE HUAJUAPAM

Por fin había sido arrasada la villa de Cuautla cuyo largo sitio disminuyó el prestigio del Gobierno español... Por fin se creía haber abatido al coloso del Sur, el gran Morelos que se había erguido desafiando todo el poder virreinal!

Con semejante golpe creyó Venegas estar en vías del término feliz la insurrección, no obstante que por todas partes pululaban los jefes de guerrillas y de muchas secciones, — muchas de ellas perfectamente organizadas y ya veteranas en aquella guerra de escaramuzas y aisladas embestidas, sorpresas y demostraciones entre las selvas y montañas; — y otras que eran divisiones en forma, como las que operaban á las órdenes de Rayón, sobre Toluca.

Por todos los rumbos se espaciaban los independentes y se oían sus gritos de guerra á las mismas puertas de las ciudades ocupadas por los realistas... Don García en el Bajío había dejado, tras sus feroces correrías á sus tenientes cerrando los caminos del interior... Los Villagranes, entre San Juan del Río y las